

Dr. Juan Marín

Confucio o el "Humanismo" en China



SI como existen en el lenguaje fonético chino tres tonos, a través de los cuales puede el pensamiento expresarse, así también el alma de este pueblo ha encontrado, en tres religiones distintas, tres tonalidades psíquicas capaces de traducir su vida espiritual.

Los tres tonos fonéticos: el «Ping», o sonido parejo, a nivel; el «Shang», o tono ascendente; y el «Ch'ü», o tono descendente, tienen su proyección imaginaria, su paralelo en vasta escala, en los tres cuerpos de doctrinas religiosas que han moldeado la vida colectiva de esta nación: el Confucionismo o sea lo «humanista», religión a nivel en la cual los límites entre lo político y lo ético quedan borrados; el Budhismo o sea lo «místico», religión ascendente, de ímpetu celestial y superhumano; y el Taoísmo o sea el «naturalismo», panteísta y anárquico, que finca sus pies en lo terrenal y agnóstico.

Ninguna de estas religiones, por sí sola, basta para expresar todo el universo psíquico, el micro-cosmos del chino. Hay un juego de acciones y reacciones, un equilibrio inestable en el alma de este pueblo, cuyos vaivenes y mareas se encauzan diversamente por una u otra de estas corrientes filosófico-emotivas en las múltiples etapas de su desarrollo.

Pero, hay una de ellas, sin embargo, que refleja una mayor

parte, un continente más vasto en este planisferio espiritual y ella es el Confucionismo, vale decir, la religión que da la norma y la regla, el riel seguro y duradero por donde se encauza la conducta moral y social del chino. Las otras dos juegan apenas el papel de colores de contraste: son evasión y descarga, compensación y arranque. Confucio entregó al pueblo chino el instrumento exacto que éste había menester para expresarse y para acomodar su conducta; su mano experta supo hacer recaer el acento allí mismo donde lo quería y lo esperaba esta enorme «unidad» psicológica—hecha de pluralidades— que es el vasto Imperio del Dragón y el Fénix, la Tortuga y el Unicornio.

Matthew Arnold ha opuesto el concepto de «helenismo» al de «hebraísmo», así como Nietzsche opuso la categoría a lo «apolíneo» a la de lo «dioniciaco». Considerado bajo estos ángulos de luz estético-filosófica, el chino es fundamentalmente helénico y por tanto apolíneo, es decir, frío y razonador, tradicionalista y ponderado. La voz del «Maestro Kung» (1) habló al chino en el lenguaje más comprensible para él, lo cual explica el secreto de su éxito inmediato y permanente sobre otras doctrinas que nacieron junto con éstas, sobre otras que ya existían antes o, aun sobre las que han venido después. Confucio creó un sistema que le venía al chino, como la horma al zapato, como el guante a la mano. Por otra parte, los discípulos y seguidores inmediatos suyos, fueron los depositarios del más grande e importante caudal de ciencia histórica, literaria y filosófica, con lo cual llevaron una ventaja evidente sobre los budhistas y taoístas que adoptaron tácticas diferentes y siguieron rutas opuestas. Los confucianistas llegaron a ser los albaceas de toda la cultura china en la misma forma que los monjes del Medioevo lo fueron de la cultura clásica greco-latina. Taoísmo y Budhismo encarnan el sentimiento romántico de la vida:

(1) «Kung-Foo-tzú», significa: «Maestro Kung», Los occidentales lo transformaron en «Confucio».

desde un punto de vista pragmático, son negativas, en tanto que el Confucionismo es positivo. Aquéllas son religiones de renunciación mientras que ésta lo es de afirmaciones: enseña a actuar, educa y señala objetivos morales concretos al hombre sobre la tierra (1).

Alguien podrá preguntarse qué papel queda asignado al Cristianismo y al Islamismo en esta jerarquización somera de religiones que venimos diseñando, pregunta que se justifica tanto más si se piensa que una y otra cuentan con millares de adeptos en este país. En verdad, estas dos religiones pueden considerarse como doctrinas «extranjeras» al alma del chino: no han permeabilizado las espesas capas y hondos repliegues de su psiquis y, seguramente nunca llegarán a ser entendidas ni menos «sentidas» por el chino. Se podrá argüir que el Budhismo es también producto de importación, ya que sólo llegó al Reino Medio, bajo el Emperador Ming-Ti (2) en el siglo I de nuestra Era (Años 57-78). Pero, por razones que no caben dentro de un análisis somero como éste, el mensaje del Bodhisatwa encontró un fácil camino en el corazón del chino, con la poesía de su «nirvana» y de sus loros y el paganismo primitivo de su iconografía maravillosa, el aporte artístico —de pura progeie hindú— del Budhismo, fructificó en China y renovó el aire exhausto de su estética, así como el «gótico» del catolicismo fecundó las entrañas artísticas de la Europa post-romana. En cuanto al cristianismo, considerado en la multiplicidad de sus sectas que se disputan la supremacía de la conquista espiritual de China, él no ha encarnado en esta anatomía de gigante: su doctrina de «deshumanización» y castigo, de expiación y sacrificio, no llega al tuétano espiritual del chino. El

(1) En otro trabajo nuestro, hemos soslayado el papel compensatorio que la poesía juega en China frente a este anti-romanticismo del Confucionismo.

(2) F. L. Hawks Pott; «Chinese History».

Cristianismo queda apenas bajo la piel, en la antesala, actuando como un cuerpo extraño, como un tumor que no se reabsorbe. La «piedad» no la comprende el chino, ni la renunciación a los goces de la vida, tampoco. Aquí la Muralla China simbólica, muestra toda la majestad y eficacia de sus bastiones: para el chino, lo principal es la vida terrenal, su familia, su hogar, el paisaje rural y los pequeños placeres cotidianos. El no aspira a la elevación metafísica, prefiere andar a ras de tierra, en camino seguro; la expresión estética de su arquitectura así lo muestra, con sus casas y templos bajos, de techo levísimamente arqueado en los extremos, sus puertas diminutas, sus patios laberínticos, mientras que la expresión estética del Cristianismo está en las altas torres afiladas de sus catedrales y en la audaz ojiva de sus cúpulas y ventanas.

El Mahometismo que representa todavía un aporte romántico más exagerado, un fanatismo ciego y combativo, un fervor ardiente, un «hebraísmo» al rojo vivo, una militancia pasional y guerrera, queda mucho más lejos de la quieta y analítica comprensión del chino. Ciertamente es que hay millones de mahometanos en este país, pero son elementos «raciales», propiamente dichos de Islam, desprendidos del tronco musulmán e incorporados al seno magno de la Gran China.

El fundador del Confucianismo, el Maestro Kung: nació en el año 551 A. C., en el Estado de Lú, en la parte sur de la que es hoy la provincia de Shantung. Su padre tenía setenta años cuando él vino al mundo y murió tres años después: el futuro sabio, fué pues criado y educado por la madre, una pobre muchacha inculta y tímida, sacrificada por dinero en el altar de la lascivia senil del viejo soldadote que era «Kung, el padre» (1). Desde muy temprano, demostró enorme inteligencia y, más que eso, un incontrolable amor por el estudio. Después de ocupar algunos cargos subalternos en su pueblo, Kung empezó a

(1) Carl Crow: «Life of Confucius».—«Master Kung».

viajar entre los diversos estados y se orientó decididamente hacia la enseñanza. Un numeroso grupo de discípulos se fué reuniendo en torno suyo y el pago de sus lecciones proveía a la subsistencia del Maestro y de todo el grupo. El telón de fondo de la época era el de una anarquía inter-estatal en medio de la cual la Dinastía Chou agonizaba sin remedio y el orden feudal se disolvía en una atomización de menudas guerras y frívolas querellas que a veces se ahondaban en tragedia hasta lo «shakesperiano». La vida civil de Kung llegó a su culminación, cuando después de muchos años de rondar el poder, fué investido del cargo de Ministro de Obras Públicas—y luego de Justicia—en su Estado natal de Lú. Pero, tales éxitos fueron harto pasajeros: la intriga cortesana socavó su prestigio y la inercia y corrupción de los gobernantes precipitaron su caída. Desde esa época, su vida pública no es sino una serie de sucesivos fracasos, lo que lo obligó a limitar sus actividades a la docencia y a su arte favorito, la música.

Fué pues, antes que nada y por encima de todo, un profesor. Como Sócrates, parece haber sido un virtuoso de la palabra hablada; sus libros, en la gran mayoría, obra póstuma son de sus discípulos. Sus veleidades con la política hacen recordar en algo a Platón, contemporáneo suyo: ambos aspiraban al gobierno, mas no por mera vanagloria, sino que para aplicar sus personales doctrinas en un terreno de realidades.

Confucio veía a toda la sociedad como un laboratorio de experimentación en el cual reinaba el desorden porque se habían olvidado ciertas ideas y normas fundamentales: pedía un plazo prudente, en un ducado sometido a sus reglas, para mostrar a los demás en qué consistía el buen gobierno y cómo se brindaba la felicidad a los gobernados. No logró hacerse oír de los príncipes: la corrupción de las Corte lo rechazaba, los generales lo detestaban cordialmente.

Su vida fué por lo demás, perfectamente normal, casi diríamos vulgar. Nada hay en él del héroe a lo Carlyle ni del de-

miurgo a lo Plutarco. Una ausencia completa de drama y de color, caracteriza su vida. Vivió en la llanura, sin respirar jamás ese aire tempestuoso de las cumbres que descompone el rostro de un Moisés o de un Cristo; de un Dostoiewsky o un Beethoven. Era un «scholar» de cuño perfecto para quien el tiempo contaba en aprendizaje o enseñanza y nada más. Se casó joven y tuvo un hijo: su esposa pronto se separó de él por aquello de que la excesiva sabiduría no siempre marcha a la par con la felicidad conyugal. Su hijo fué la negación más perfecta de todo cuanto su padre enseñaba: no le interesaban los problemas intelectuales ni las disciplinas del espíritu y, pronto también, se apartó de su lado.

Confucio murió en edad avanzada y con la convicción sombría de que su vida había sido un fracaso. Sus discípulos no pensaban así, sin embargo y, después de su muerte guardaron luto y celebraron los ritos funerarios durante tres años y, aun hubo alguno, que permaneció seis años junto a su tumba.

El conjunto de su enseñanza se llamó la «religión de Jü», siendo «Jü» un vocablo que tiene una acepción de «conservador», «universitario» y «tradicionalista», a la vez. También se la conocía con el nombre de «religión de Lí» o de los «ritos». En este aspecto ritualístico de su doctrina, según apunta Brian Brown (1), Confucio se asemeja a Moisés «porque sus leyes cubren aspectos a la vez religiosos y civiles de la vida». Lo cual es muy efectivo, aunque, como veremos más adelante, el paralelo no puede llevarse más lejos de allí.

En el Maestro Kung, «la medida del hombre es el hombre». Toda su filosofía mira y se orienta hacia el elemento humano y se asienta las bases para una conducta moral. En síntesis, el Confucionismo establece la jerarquización de la sociedad, recomienda el respeto a la autoridad constituída, el culto de los antepasados, el cuidado de las formas ceremoniales, la modera-

(1) B. Brown: «The Wisdom of the Chinese»,

ción y la continencia. Su idea matriz del «Golden Mean» es la doctrina del sentido común y algunos dirían de la mediocridad. A base de ellas están hechas todas las transacciones en que es tan rica la historia de China. ¡No exagerar ni ir demasiado lejos!, tal es la consigna fundamental. En el «Libro de la Historia» de Mencius (1), los grandes Emperadores Yao y Tang, exclaman: «Hay que conservar siempre el centro».

Este concepto filosófico tan arraigado en Confucio, al reflejarse sobre la vida misma suya, hace que ella carezca de grandeza: tiene muchos rasgos comunes esta existencia regulada e incolora, con la de Erasmo de Rotterdam. El exceso de sabiduría enciclopédica parece ahogar en ambos, aquella fuente secreta de los grandes impulsos. No pertenece Confucio a la legión de inmortales «perseguidos por el Demonio» (2), en cuya sombría caverna vemos asomar los rostros crispados y sangrantes de un Reembrand o un Miguel Angel, un Meine o un Gauguin, un Cervantes o un Kleist.

Fué Kung contemporáneo de Lao-Tzé, con la diferencia de que, cuando el «Nietzsche chino» llegaba a los ochenta años, Confucio acababa de doblar la treintena. En una sola ocasión se encontraron frente a frente y cuéntase que el anciano filósofo insistió en forma más que sugestiva, en sus conceptos de que «el verdadero sabio debe renunciar a los honores mundanos y alejarse de la compañía de los poderosos». Sus doctrinas eran, como ya lo hemos dicho totalmente opuestas, por lo que los Taoistas hicieron blanco a Confucio y sus discípulos de las más virulentas sátiras. Lao representaba el inconformismo rebelde a toda ley, a toda norma y a toda convención: su filosofía, dialéctica en muchos aspectos, se integraba con elementos de un naturalismo tolstoiano y un vagabundaje búdhico. Las

(1) Mencius, nombre latinizado del más ilustre de los discípulos de Confucio.

(2) S. Zweig: «La Lucha contra el Demonio».

doctrinas de Confucio, en cambio, que ordenaban el respeto a los ancestros, la obediencia al monarca y la inconveniencia de todo extremismo, fueron rápidamente aprovechadas por la casta dirigente, en beneficio suyo.

Así, el Confucionismo pasó a ser una religión del Estado: él proveía todo lo necesario a los ritos, el oropel brillante de las ceremonias, la solemne «mise en scène» de los sacrificios. Decía el Maestro Kung que el primer deber de todo hombre era servir y obedecer a sus padres cuando vivos, sepultarlos cuando muertos y ofrecerles sacrificios y adoración luego de sepultados. Este verdadero «totemismo» patriarco-matriarcal, ha sido el mayor obstáculo para el desarrollo y evolución de las formas sociales en China. Su contemporización con las convenciones y defectos de los hombres era tildada de cobardía por los errantes filósofos de «Tao» o «Gran Camino». Para Lao-Tzé, Confucio no era sino un vulgar «materialista».

Pero el gran mérito de la enseñanza del Sabio Kung consiste en haber colocado al «hombre» en el centro de todas las cosas y en ubicar la conducta moral individual como base del progreso social y de la armonía del Universo. Parte el Sabio de la premisa de que todo hombre al nacer es fundamentalmente bueno y que poco a poco, la vida, por causa de la ignorancia y de las pasiones, va desviándolo del recto camino. Para luchar contra esto, la educación y el buen gobierno son las únicas armas eficaces: de allí su afán docente, su fervor incontenible por la enseñanza, cuyas primeras etapas definía él en cuatro palabras que traducidas literalmente significarían: «Purificando virtud, investigando cosas». Ésta es la etapa que él llama de la «Gran Enseñanza» y cuyo proceso expresaba de este modo: «La gran enseñanza, en el comienzo instruye al aprendiz acerca de todas las cosas del mundo partiendo de los conocimientos elementales de sus primeras nociones, hasta llegar a los tópicos más extremos. Después de haberse ejercitado el alumno en esta forma durante un largo tiempo, repentina-

mente se dará cuenta de que ha adquirido un vasto y agudo poder de penetración. Entonces, las cualidades de las cosas, ya sean externas o internas se le aparecerán en plena desnudez y la mente se revelará en su entera substancia mostrándole las relaciones que unen a las cosas entre sí».

El hombre que así ha alcanzado la perfección o mejor dicho, que ha retornado a su perfección original—está capacitado para desarrollar su labor en la colectividad. Esta obra tiene que comenzar en el seno de su propia familia, extenderse luego a los ciudadanos de su mismo reino y, finalmente, proyectarse sobre la entera sociedad humana. Tales son los tres períodos que cierran el ciclo de la vida del hombre perfecto: la conservación de la familia, el servicio de la patria y el amor a la humanidad.

En el proceso perfectivo del hombre aislado juega un papel predominante, el culto de la verdad, es decir la sinceridad a toda prueba. Afirma el Maestro Kung en uno de sus clásicos que, «la sinceridad es el comienzo y fin de todas las cosas» y más adelante subraya: «sin sinceridad no existe nada más» (1).

Cuando una persona dice una mentira, se produce un grave trastorno en la contextura de su mente, un desorden en su conciencia, el cual a su vez altera el orden universal, ya que todo en la Naturaleza está correlacionado.

El control de las pasiones se define en su doctrina del «Medio de Oro», también llamada «Doctrina del Equilibrio y la Armonía» (*Chung*: no inclinarse a ningún lado y *Yung*: no aceptar cambios). *Chung-Yung* podría traducirse por «Central-Constante». La vida del «hombre moral» es una verificación del orden moral universal. Lo que Dios ha dado al hombre es lo que llamamos naturaleza humana: el cumplimiento de las normas de esta humana naturaleza es lo que el Maestro llama

(1) Los «taoistas» acusaban, sin embargo, de «hipocresía» a Confucio y sus discípulos.

la «ley moral» y el cultivo y desarrollo de esta ley moral constituiría la «cultura».

Aun cuando la «ley moral» está escrita en todas partes en las páginas de la Naturaleza, no es dado al hombre vulgar descifrarla. El sabio comienza su aprendizaje en el estudio de las relaciones familiares de hijo a padre, de esposo a esposa, de hermano a hermana y desde allí proyecta su estudio hacia la humanidad y después al Universo. El mundo está poblado de fuerzas espirituales cuya presencia invisible no se oculta al «hombre moral»: mediante los ritos de sacrificio y las ceremonias religiosas, el hombre toma contacto con ellas.

Confucio señalaba como modelos de hombres perfectos a los Emperadores Wen y Wu que habían gobernado el Imperio durante el lejano período que Kung llamaba la «Edad de Oro». El arte del buen gobernante consiste en demostrar él mismo una buena conducta y un buen carácter y, en seguida, en saber elegir a sus colaboradores. Dice textualmente: «Para todo aquél llamado al gobierno de las Naciones y de los Imperios, hay nueve direcciones cardinales que seguir. 1.º Cultivar su conducta; 2.º Honrar a los hombres de valer; 3.º Sentir afecto y cumplir sus deberes para con sus gobernados; 4.º Mostrar respeto hacia los altos Ministros del Estado; 5.º Identificarse uno mismo con los intereses y bienestar de todo el cuerpo de servidores públicos; 6.º Ser como un padre respecto del pueblo; 7.º Estimular la introducción y cultivo de todas las artes; 8.º Ser cordial y amable con los extranjeros venidos de regiones distantes; y 9.º Interesarse por el bienestar de los príncipes del Imperio».

En las ideas de Confucio sobre la educación, encontramos como idea-fuerza, la de la selección controlada o «racionalizada», según ahora diríamos, para las altas funciones del Estado: por medio de la educación, aspira Kung a crear una especie de casta dirigente, una «élite» intelectual llamada a gobernar a los

pueblos, idea que contemporáneamente cristalizó al mismo tiempo en otro lejano rincón del planeta, en la mente de Platón.

El orden y las jerarquías son un «leit-motiv» constante en las enseñanzas del Maestro, yendó desde lo familiar hasta lo estatal.

Buscaba la armonía de todas las cosas y los seres y por este camino llegó hasta la Música (1). Decía Confucio: «Los antiguos reyes tenían siempre buen cuidado de evitar aquellas cosas que afectarían al corazón humano; ellos se esforzaban por guiar los ideales y las aspiraciones de su pueblo por medio del «li» (2), y establecer la armonía por medio de la música, regular la conducta mediante el buen gobierno, y evitar la inmorality por adecuados castigos». «Li», música, gobierno y castigos tienen un objetivo común, cual es el de crear la unidad en el corazón del pueblo y practicar los principios del orden político.

La música nace desde el fondo del corazón humano. Cuando en el corazón, la cuerda de las emociones es alcanzada, nacen los sonidos y cuando esos sonidos adquieren formas definidas, se crea la música. La música y el gobierno están directamente relacionados: así cuando el gobierno es sabio y el país se desenvuelve en riqueza y prosperidad, la música es alegre y alivia los espíritus: por el contrario cuando reinan la opresión y la injusticia la música se torna triste y depresiva. Sólo el hombre superior es capaz de entender debidamente la música aun cuando sea verdad que los tonos ascienden desde el corazón mismo. La música regula la conducta humana. Así como los animales conocen los sonidos pero no los tonos, así el hombre vulgar conoce los tonos pero no la música; y así el verde-

(1) Recuérdese a Pitágoras, que vivió aproximadamente en la misma época.

(2) «Li» es el principio del orden social («lo que es justo») e incluye: mitos, costumbres religiosas, festivales, leyes, vestimentas, alimentación e higiene. Véase los tres libros sobre «Li»: *Chou-li*, *Yi-li* *Li-ki*.

dero sabio, puede, mediante el conocimiento de la música, llegar a entender los principios del gobierno.

El culto de la música está íntimamente ligado a su vez, con la institución de los ritos y ambos tienen por objeto, no simplemente satisfacer el gusto de nuestros sentidos, sino el de enseñar al pueblo el recto camino moral.

Confucio desarrolló largamente estas relaciones del ritual y la música con la armonía y el orden cósmicos y, de la misma manera, el significado de las danzas y la capacidad de la música como reveladora del carácter de los hombres (1).

Sus discípulos, al compilar, redactar y publicar los libros que contienen las enseñanzas del Maestro, pusieron el fundamento más sólido de toda la cultura clásica y humanística de China. Durante siglos, las letras de estos textos ha debido ser aprendida de memoria por los estudiantes chinos y por los candidatos a los «Exámenes Imperiales», llave de todos los cargos en la política y administración civil del país. Los «Clásicos de Confucio» no se discutieron durante veinticinco siglos en China, igual que los Tratados de Galeno y Aristóteles no se discutieron a lo largo de veinte siglos en Europa. Negar a Confucio era la iconoclastía mayor bajo el Imperio y una de las armas más audaces y eficaces que esgrimían los revolucionarios al instaurarse la República.

Los libros que en conjunto se designan bajo el nombre de «Clásicos de Confucio», son cuatro: el «Ta-Hsiao» o Gran Enseñanza, el «Chun Yung» o Doctrina del Medio, el «Lun Yu» o Libro de los Analectos y el «Meng Tzü» o Enseñanzas de Mencius.

Mencius desarrolló particularmente y con brillo uno de los aspectos doctrinales de Confucio: el que afirma la igualdad básica de los hombres al nacer y la bondad congénita de la naturaleza humana.

(1) John Hazedel Levis: «Foundations of chinese Musical Art».

El Sabio editó durante su vida el «Shih Ching» o Libro de la Poesía y estudió, glosó y desarrolló, el Libro de la Historia, el de los Cambios y los Anales de la Primavera y el Otoño.

De todas sus obras, la principal es «Analectos», llamado también la «Biblia del Confucionismo» (1).

El «humanismo» del Maestro Kung tenía fuertes integrantes materialistas: interrogado en cierta ocasión por uno de sus discípulos acerca de la muerte, respondió: «No conocemos la vida, ¿cómo conoceremos, pues, la muerte?»

Su representación de Dios era impersonal y no antropomorfa. «Cielo, Tierra y Hombre», compendiaban para él las tres jerarquías cósmicas; el hombre quedaba, en consecuencia, obligado a ofrecer sacrificios a los otros dos elementos integrantes de la triada magna.

Los llamados «Aforismos» de Confucio, forman parte del libro «Analectos» y son fragmentos de la enseñanza del Sabio, compiladas por sus discípulos en forma de máximas y sentencias. Hay allí, pensamientos también de los discípulos compilados por los discípulos de éstos. Como se sabe, la escuela Confucianista se abrió en dos ramas: la que siguió el rumbo filosófico e idealista con Tsengtsé, Mencius y Tseszé; y la que se orientó hacia el aspecto histórico y escolástico de la escuela, con Tseshia y Hsunsté.

Reproducimos algunos de los «Aforismos» más conocidos del Maestro Kung:

«Saber lo que uno sabe y saber lo que uno no sabe, he aquí la característica del que verdaderamente sabe (2).

El hombre que ha cometido un error y no lo corrige, está cometiendo otro error.

No espero encontrar un santo hoy día, pero si encuentro un caballero, ya es bastante.

(1) Lui Yutang: «The Wisdom of Confucius».

(2) Recuérdese a su contemporáneo Sócrates.

El hombre que tiene un alma bella es capaz siempre de decir cosas bellas; pero quien dice cosas hermosas, no siempre tiene un alma hermosa.

Un verdadero gran hombre, será en toda ocasión valeroso, pero no todo hombre valiente ha de ser forzosamente un verdadero gran hombre.

El hombre que ama la verdad, es mejor que aquél que la conoce sin amarla.

La gente que vive extravagantemente cae en el «snobismo» y la que vive con sencillez cae en la vulgaridad: prefiero ser vulgar a ser «snob».

Cuando un país está en orden, es una vergüenza ser pobre; cuando el país está en el caos y anarquía, es vergonzoso ser rico y poderoso.

Un caballero se acusa siempre a sí mismo, jamás a los otros.

No os lamentéis de que la gente no reconozca vuestros méritos; lamentaos de no poseer tales méritos.

Pagad el afecto con afecto y la villanía con justicia (o severidad).

Cuando veáis un hombre bueno, tratad de imitar sus virtudes; y cuando os encontréis frente a un hombre malo, buscad en vosotros mismos los defectos que en él véis.

Sólo los caracteres humanos muy altos y los muy bajos, jamás cambian.

Es el hombre quien engrandece a la Verdad y no ésta al hombre.

No sabemos todavía cómo servir a los hombres: ¿sabremos pues servir a los espíritus?

El hombre superior plantea y resuelve las cuestiones de la conducta moral sobre su propio «standard» y después las aplica al vulgo o pueblo.

La palabra única que podría servir para regular toda la conducta de los hombres, sería «reciprocidad»: no hagais a los otros lo que no deseéis que os hagan a vosotros mismos.

El verdadero hombre puede soportar la pobreza por largo tiempo y conservar la riqueza también en la misma forma.

El hombre vulgar no tiene perplejidades, el hombre verdadero no tiene lamentaciones y el hombre valiente no tiene temores.

El hombre superior ama su alma, el inferior ama sus bienes; el superior recuerda los castigos que recibió por sus errores, el inferior recuerda los premios y regalos que ha recibido.

El hombre superior es firme pero no peleador, alterna con todos los hombres, pero no forma grupos («cliques»).

El hombre superior tiene amplios puntos de vista y no es buen hombre de partidos; el hombre vulgar es un buen hombre de partidos, pero no es amplio en sus puntos de vista.

El hombre superior es digno, pero no orgulloso; el vulgar es orgulloso pero jamás digno.

El hombre superior es aquél que mantiene su concepto de lo justo; pero no siempre (necesariamente) ha de mantener su promesa.

Un verdadero caballero se avergüenza de que sus palabras sean mejores que sus actos.

Los jóvenes deben ser buenos hijos en el hogar, amables y respetuosos en sociedad; deben cuidar su conducta, amar al pueblo y asociarse con otros como ellos. Si después de todo esto les quedan energías y tiempo, que lo empleen en leer libros».

Hemos seleccionado principalmente aquellos «Aforismos» que tienen relación con los conceptos humanísticos del Sabio.

Si el Humanismo ha de tener altares, Confucio es sin duda el santo máximo de esta constelación en la que el Occidente sentaría a Sócrates y Voltaire, Rabelais y Leonardo, Freud y Giordano Bruno, Descartes y Anatole France.

Pero, el Humanismo no tiene altares y aunque China haya

(1) Lin Yutang: «Iuy Country and Iuy People».

levantado millares de Templos consagrados al culto de Confucio, en ninguno de ellos vese otro adorno que la «tableta espiritual» del Sabio, junto a las de algunos de sus discípulos.

Cristo es un romántico, afirma Lin Yutang; Confucio un realista (1). El uno es la quintaesencia del «hebraísmo» definido por Matthew Arnol; el otro es el «helenismo» en plenitud de equilibrio y ponderación.

Si en ese vasto, misterioso e imponderable mundo de las religiones (neurósis del alma humana, que escribió Sigmund Freud), Cristo representa el Don Quijote idealista y macerado, devorado por un quemante fuego interior, presto a ofrecerse en sacrificio por la redención de los hombres, Confucio al lado suyo, sería el Sancho timorato e introvertido, lleno de sentido común y de aspiraciones concretas, enamorado de la vida terrena con sus grandezas y miserias, pero vida al fin...!

China ha encontrado en Confucio su modelo y su espejo, un ideal moral tan perfecto y exacto que ni siquiera ha pensado en deificarlo. Si lo hiciera, Confucio dejaría de ser Confucio y China dejaría de ser China.

(1) Lin Yutang: «My Country and my People».